

Homilía
(Madrid 8.5. 2019)

de Gerhard Card. Müller

Excelentísimo Mons. **Juan del Río**, Arzobispo castrense.

Su Alteza Real el Serenísimo Príncipe **Don Pedro de Borbón** Dos Sicilias y Orleans, Jefe de la Real Casa de las Dos Sicilias, Duque de Calabria, Conde de Caserta y Gran Maestre de la Sagrada Orden Militar Constantiniana de San Jorge.

S.A.R. **Don Jaime de Borbón** Dos Sicilias, Duque de Noto y Gran Prefecto de la Orden.

Real Familia.

Monseñores, Excelencias e Ilustrísimos Señores.

Hermanas y hermanos en la fe católica.

Confesar la Santísima Trinidad: he aquí el epítome de nuestra fe, tan necesario para afrontar los grandes retos que nos plantea esta sociedad nuestra de hoy, globalizada, secularizada.

Si bien es cierto que algunas regiones resisten mejor que otras, en general nuestro mundo occidental es cada vez más incapaz de reconocer a Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Una civilización que reniega de sus raíces, rechazando descifrar en ella al Verbo que se encarna para salvar el mundo y al único mediador entre Dios y los hombres, está abocada al sin sentido y a la violencia, a la deshumanización. ¿De dónde proviene esta falta de fe en la conciencia actual, encerrada en sus estrechos límites, prisionera de sus esquemas, incapaz de abrirse a la novedad de Dios?

Sea como sea, unas veces como corazón que animaba la entera sociedad y otras como bandera contestada hasta el martirio más cruel, la Iglesia ha sido a lo largo de los últimos dos mil años sacramento universal de salvación. Si la humanidad de Jesucristo es siempre el cauce efectivo de la salvación de Dios mientras la adhesión a él sea humilde, suplicante, abierta al don, dicha oferta de salvación ha sido realidad a través de los siglos en aquellos que han reconocido al Resucitado en la Iglesia como experiencia

personal que sucede y que solo se deja aprehender desde la confianza y el amor.

Como dirá S. León Magno, *lo que era visible en Cristo ha pasado a los sacramentos de la Iglesia* (sermo 74,2). La lógica interna sacramental de la Iglesia, inscrita en la revelación trinitaria, ha construido un pueblo de hombres libres, de santos. De hecho, la sacramentalidad ha sido el gran antídoto contra cualquier intento de manipulación y de reducción de la persona y contra cualquier ideología totalitaria. Los sacramentos, celebrados en la liturgia de la Iglesia, no solo remiten al señorío de Jesucristo, que habla y actúa a través de ellos, que se deja “tocar y amar”, sino que interpelan a toda la persona, con su historia, sus relaciones, sus proyectos, sus deseos: la abren a lo eterno.

Al participar en la vida sacramental de la Iglesia descubrimos con gozo que somos criaturas a imagen y semejanza del Creador, llamados a vivir lo divino en nuestra carne. La misma eucaristía, presencia real de Cristo y sacramento de su sacrificio, nos introduce continuamente en una experiencia nueva de gratuidad y de gracia. No es una simple representación, sino el espacio en el que encontramos nuestra identidad y misión: gastarnos y dar la vida por los otros como *conditio sine qua non* para nuestra felicidad, alegría y paz. Reconociendo en ella la presencia misteriosa que sabemos, responderá a nuestras inquietudes más íntimas, nos descubrimos lanzados a amar y acoger el amor.

Vivir en cristiano es todo lo opuesto al inmovilismo, a la banalidad ya la parálisis que provoca la continua oferta de nuevos estímulos, particularmente en este gran mercado de hoy que sólo nos reconoce como potenciales consumidores. Vivir en cristiano es todo lo contrario: es ser tratados como personas que, libremente, se sumergen desde el bautismo en la experiencia sacramental, descubriendo con sorpresa en la Iglesia todo lo que es verdaderamente bello, justo y bueno. Esta experiencia sostendrá para siempre su deseo: un cristiano anhela una relación matrimonial verdadera, unas relaciones de auténtica amistad, un trabajo que llene, un tiempo de ocio que construya, un ideal que recuerde: estamos llamados a la excelencia. Un cristiano aprecia los sacramentos porque allí la fe nace, se cultiva y se expresa al “ver y tocar” al Dios vivo, aunque no sea el cuerpo físico de Jesús sino la santidad que su Espíritu hace florecer en la Iglesia.

La fe es la única fuerza realmente transformadora de la realidad. Cuando el Resucitado anuncia la conversión y el perdón de los pecados, la buena noticia anunciada por los caminos de Galilea recibe un nuevo enfoque y comprensión: es una oferta de perdón misericordioso, sin límites.

Los Apóstoles proclamarán a tiempo y a destiempo que hay una verdad que subyace a toda la realidad, llamada a realizar el plan primigenio del Señor que quedó oscurecido por el pecado. Este anuncio será siempre novedoso y atractivo porque en cada momento histórico siempre habrá personas que no se conforman con un sucedáneo de la realidad, con una vida vivida a medio gas.

Sin embargo, la fe no se expande a causa de los méritos y de las cualidades personales de los llamados a participar de la intimidad del Señor: se testimonia sólo en el nombre y con la autoridad del Señor. El anuncio de un “*evangelion*” o victoria sobre el mal y el pecado, al estilo de las victorias militares sobre el enemigo, como las grandes reformas que han renovado con sabia fresca el entero cuerpo, nunca han sido el resultado de largas negociaciones políticas o diplomáticas ni de cálculos interesados o cobardes: ha sido el fruto del testimonio valiente y decidido de gente consciente de sus límites, fragilidades y de que el Señor había estado grande con ellos al apiadarse de su pecado.

Cristo, por la comunión de amor con el Padre en el Espíritu, ha testimoniado su experiencia de Dios: por ello, profesar la fe cristiana es acoger la vida eterna en nosotros y, como una consecuencia natural de ello, testimoniar también nosotros en medio del mundo que Dios nos ha amado incondicionalmente y que nos ha reconciliado con él y entre nosotros. Profesar la fe cristiana es vivir la comunión en el seno un pueblo de auténticos hermanos. Creer es convertirnos, necesariamente, en misioneros.

Los mejores historiadores de la Iglesia reconocen que en el s. II, gracias a la *pax romana* establecida en todo el imperio, el cristianismo se expandió con rapidez en toda la “*ecumene*” principalmente gracias a los comerciantes, predicadores y, sobretodo, soldados. A imitación del centurión romano Cornelio, el primer convertido bajo el influjo del Espíritu Santo, es decir, no un hebreo sino un pagano, aquellos soldados romanos y sus familias, con sus frecuentes desplazamientos a causa de su profesión llevaban el mensaje de salvación por todo el imperio como misioneros de paz y esperanza.

Dios no hace acepción de personas: se sirvió de aquellos soldados y se sirve de nosotros. Quien lo teme y practica la justicia, sea del pueblo que sea, pertenezca a un estrato social u a otro, tenga la profesión que tenga, es aceptado por el Señor y la vida entera experimenta un giro radical. No cuentan más las limitaciones ideológicas, la oposición hostil o la incredulidad de los que observan con estupor las obras potentes que cumple

hoy la Iglesia. Sólo cuenta ser fieles a la confianza depositada en nosotros y estar dispuestos a librar la “buena batalla” contra el mal, contra el pecado.

No somos ingenuos. Sabemos que el mundo ha sido, es y será siempre una trama compleja de intereses, de pasiones a veces inconfesables, de experiencias que oscilan entre el triunfo y el fracaso más absoluto. En cambio, la razón se descubre gracias a la fe como una elección, como un asentimiento libre a “lo visto y oído”, sin censura alguna. Más allá de ser un mero cálculo, medida o instrumento, la razón iluminada por Cristo no sólo no queda anulada por la fe sino que se potencia.

“Yo soy el camino, la verdad y la vida”, dice el Señor. Él no solo nos anuncia o nos proclama la verdad: él es (“ego sum”) la revelación definitiva. Él nos dice quién es Dios para nosotros y quienes somos nosotros para él. Él, descorriendo definitivamente el velo, nos revela la realidad más íntima de Dios, invitándonos a la confianza y al abandono para introducirnos en su persona y descubrir así la única verdad que libera. Por otra parte, Él es también la vida, es decir, nuestra plenitud, nuestro bienestar, nuestra paz, la respuesta a nuestras búsquedas, la unión de aquellos opuestos que nos desgarran y desasosiegan. Por todo ello, Él es también nuestro camino para llegar a Dios, nuestro punto de llegada personal, nuestra seguridad de que nunca estamos abandonados a la merced de las circunstancias de la vida o incluso abandonados a nosotros mismos.

“El Espíritu Santo os guiará a toda la verdad”, nos promete Jesús, en esta comprensión siempre progresiva y abierta de la Persona de Jesucristo y de su Palabra: como diría San Juan XXIII, *no es el Evangelio el que cambia, sino que somos nosotros los que lo comprendemos mejor*. Sin embargo, esta guía será también nuestra protección. “Padre, conságralos en la verdad”: Jesús sabe que sus discípulos amados deberán afrontar pruebas durísimas y el continuo ataque del maligno. Sabe también que la división será siempre la táctica del Tentador. Por ello el Señor nos invita a ser una cosa entre nosotros y con Él, como lo es Él con el Padre: como levadura en el medio del mundo, anunciamos una comunión posible, una fraternidad real, un amor que llena.

La Sagrada Orden Militar Constantiniana de San Jorge está hoy también llamada a colaborar en la noble tarea de proteger la fe, bajo el patronazgo de un buen amigo del Señor, del santo mártir Jorge de Capadocia. Este oficial del ejército imperial, al convertirse gracias a su madre al cristianismo no sólo renunció a su rango y sufrió prisión, sino que incluso afrontó el martirio con viril firmeza. El emperador Constantino, quien hizo inscribir el monograma de Cristo en su *labarum*, mandó erigir una iglesia en honor del santo y desde tiempos antiguos se atestigua su culto en Lydda-Diospolis en Palestina. Posteriormente, en el medievo, sería el santo protector de los caballeros.

Como S. Jorge, como los mártires, todos somos llamados a ser “defensores de la fe”, “milites Christi” y “amigos del esposo” (Jn 15, 13-15), glorificando así con nuestra propia vida la Sagrada Cruz de Cristo. Como los caballeros, formados durante siglos en el alto ideal de proteger con su vida a los pobres y desvalidos, a la civilización cristiana y a la tradición religiosa, también nosotros estamos llamados a asumir nuestra responsabilidad ante la sociedad de hoy y, más allá de los intereses políticos o ideológicos prevalentes, a ponernos al servicio de nuestros hermanos. Amén.